

IV DOMINGO DE ADVIENTO B

2S 7, 1-5. 8b-12.14.16; Sal 88; Rm 16, 25-27; Lc 1, 26-38

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo." Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin." María respondió al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios." Dijo María: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra." Y el ángel dejándola se fue.

En este cuarto domingo de Adviento, antesala de la celebración del nacimiento de Cristo; la liturgia nos presenta, a través de la figura de la Virgen María, cual es la meta final de todo hombre; esto es: "el encuentro de cada hombre con Cristo". Al respecto el Papa Benedicto XVI nos dice: «...Este domingo nos prepara a la celebración del Nacimiento de Jesús, del Hijo de Dios hecho hombre en el vientre de una virgen, cuyo misterio manifiesta, al mismo tiempo, el amor, la sabiduría y la potencia de Dios en favor de la humanidad herida por el pecado...» (Benedicto XVI, Ángelus, 19 de diciembre de 2010).

Los exégetas ponen a María como aquella que representa a los pobres de Yahvé, a aquellos que esperaban en el cumplimiento de las promesas mesiánicas; por eso no sólo María representa a los pobres de Yahvé, sino que también a través de ella se expresa la manera como en cada hombre se da este encuentro que radicalmente transformará su vida, introduciéndolo dentro del proyecto de Dios, según el designio que Este tiene pensado para cada hombre; esto tal como lo ha manifestado y nos lo ha revelado a través de la Virgen María ante el encuentro con el ángel Gabriel.

En la primera lectura tenemos a David que ante el profeta Natán manifiesta el querer construir un templo para el arca de la Alianza, pero inmediatamente se hace escuchar la voluntad divina que a su vez, podemos decir, es un anuncio profético de lo que en la Virgen María se va a realizar de manera irrepetible en toda la historia

de la humanidad y que se expresa a través de las siguientes palabras: "...y cómo será esto pues yo no conozco varón...". Así como leemos en las primeras páginas del Génesis como el hombre es apartado de la voluntad de Dios a través de la desobediencia por la seducción del maligno, y por lo tanto quedando incapacitado de retornar por sí mismo a la comunión con su creador, como fue creado desde el inicio. Aquel que creó al hombre de la nada tenía que ofrecer la vía de acceso y retorno del hombre, para que el hombre pueda ser recreado y retornar a la comunión originaria como fue creado; y esto es lo que significará el que María, por designio de Dios, haya sido elegida para ser morada del autor de la vida; donde se expresa el acto divino en toda su plenitud y, donde el hombre si podemos decir colabora abriéndose a la gracia, o sea no siendo un obstáculo a la gracia divina, para que la misma gracia haga del hombre morada del mismo Dios. Este es el sentido de las palabras que, a través del profeta Natán, Dios dirige a David: "...acaso tú me has construido una casa para que yo habite...".

En el evangelio encontramos toda una narración del hecho del Anuncio, de la Encarnación de Nuestro Salvador. El diálogo que la Virgen María tiene con el ángel, es importante destacarlo, porque en estos diálogos se revela el misterio de la Encarnación de Cristo, y por lo tanto la historicidad del hecho mismo. Al respecto el Beato Papa Juan Pablo II nos dice: «...El Evangelio de este cuarto domingo de Adviento, con su narración de la Anunciación, nos muestra a María escuchando la Palabra de Dios y dispuesta a realizarla fielmente. En Ella, y en su casto esposo, vemos realizadas las condiciones indispensables para prepararnos a la Navidad de Cristo. Ante todo, el silencio interior y la oración, que permiten contemplar el misterio que se conmemora. En segundo lugar, la disponibilidad para acoger la voluntad de Dios, independientemente de cómo se manifieste. El «sí» de María y de José es total, involucra a toda su persona: espíritu, alma y cuerpo. ¡Que así sea para cada uno de nosotros! Que Jesús, que dentro de unos días vendrá para hacer resplandecer de alegría nuestro belén, pueda encontrar en toda familia cristiana una acogida generosa, tal y como sucedió en Belén en la Nochebuena...» (Juan Pablo II, Ángelus, 22 de diciembre de 2002).

Al final del evangelio, encontramos estas palabras de la Virgen María: "...He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra..."; esta debe ser la actitud de todo hombre, que tenga una fe sólida en el Dios del amor. Porque en estas palabras de la Virgen María, se expresa muy claramente que todo hombre, cuando ha sido alcanzado por la Gracia del anuncio de la Buena Nueva del Reino (Kerygma), está llamado a vivir en la esperanza del cumplimiento de aquello que ha recibido en el Anuncio.

San Ambrosio nos dice «...cada fiel cristiano debe ser marial, pues concibe al Verbo de Dios. Bienaventurados también vosotros, que oísteis y creísteis, pues el alma que cree, concibe y engendra al Verbo de Dios... Habite en cada uno de vosotros el

alma de María, para que alabe al Señor, habite asimismo el espíritu de María, para que se alegre en Dios. Si no hay más que una madre de Cristo, según la carne, sin embargo Cristo es el fruto de todos, según la fe. Pues toda alma inmaculada y libre de pecado... engendra al Verbo de Dios. Por tanto, un alma así engrandece al Señor al modo como lo hizo el alma de María y al modo también como se alegró su espíritu en Dios su Salvador...» (San Ambrosio, Comentario al Cantar de los Cantares, 7, 1-3).

La Constitución *Lumen gentium* dice: «... La Madre de Jesús, glorificado ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor, brilla ante el pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo....» (LG, 68-69). Por ello, las palabras del ángel, cuando dice a María, "...y su reino no tendrá fin...", están significando que Cristo no sólo ha venido para redimir al hombre en cuanto a su vida temporal, sino que esta redención nuevamente lo introduce, al hombre, a vivir su vida como un peregrino anhelante de retornar a la casa del Padre. El tiempo de adviento nos llama a vivir en esta doble tensión: vivir nuestra vida según el proyecto de Dios unidos en Cristo, amando a los hermanos, y sabiendo que estamos en este mundo de paso porque no somos de este mundo, ya dice San Juan: «...Padre te ruego por estos que están en el mundo, no para que los retires del mundo sino para que los preserves...».

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar